

ALBERTO FUGUET
SOBREDOSIS
(Deambulando por la orilla oscura)

M A X I
TUSQUETS
EDITORES

*SOBREDOSIS SEGUIRÁ
LLAMÁNDOSE SOBREDOSIS*

Así nació, así se publicó, así se criticó y así se vendió y leyó. A pesar de mí. O por falta de asesoría o visión o lo que sea. De un tiempo a esta parte, he pedido que en las portadas de *Sobredosis* el sonoro título venga con un paréntesis: (*deambulando por la orilla oscura*), que es más un saludo a la bandera que otra cosa.

A mi bandera.

Es raro, pero mi primer libro publicado (no siento que sea mi primer libro; el primero en cuanto a concepción y cronología es *Mala onda*, aunque apareció a fines de 1991, después del inesperado y aterrador éxito de *Sobredosis*) no lo siento del todo mío. No por los cuentos que lo conforman sino por el título. *Sobredosis* recopila relatos escritos en la universidad y, luego, en los primeros talleres a los que asistí (al de la Sech con Poli Délano), pero, sobre todo, son resultado de concursos: escribí cuentos para tener con que participar. Había que estar preparado. Con algunos incluso gané o salí segundo. Con muchos otros perdí, pero quedaron los cuentos (aunque en esa era preinternet y prerrespaldo,

perdí varios, o creo que los perdí, o creo haberlos escrito, pero no aparecen por ninguna parte).

Me sorprende que *Sobredosis* siga concitando interés, sobre todo en los colegios, donde de inmediato comenzó a prohibirse por razones que me superan y entiendo-y-no-entiendo-del-todo, pero la primera y mayor sorpresa de ese delgado volumen que apareció meses después de la llegada a la democracia tiene que ver con el hecho de que el libro no se llamó como yo quería. Para mí mismo, me suelo referir a él como «mi primer libro». La razón es sencilla: fue pensado con otro título. El título del primero de los cuentos. Sentía que tenía algo de misterioso y, sin duda, de ambiguo. Misterioso acaso como su autor-en-ciernes, que englobaba la moral y la ética y la estética de los cinco relatos que conformaban la colección. *Deambulando por la orilla oscura*: cuentos, por Alberto Fuguet.

Al final terminó llamándose *Sobredosis*.

Acepté.

No fui forzado.

Tenía más de 21 años.

Quizás no sabía bien lo que estaba haciendo.

Quizás sí.

Quizás un poco de las dos cosas.

Me dijeron «es más vendedor, la idea es que vendas».

«¿Quieres vender o que nadie te lea?».

Yo, la verdad, quería que me leyeran unos pocos (esos lectores ideales) y que vendiera lo justo. No sucedió así. «Nadie va a leer algo llamado *Deambulando por la orilla*

oscura después de la democracia», sugirió un examigo publicista que trabajaba para Büchi. Yo pensaba: quizás se podría llamar *Deambulando por la orilla oscura y otros cuentos* para dejar más que claro lo que eran. Da lo mismo. No se iba a llamar así. «No digamos que son cuentos, que nadie capte que son cuentos», porque «los cuentos no venden», me dijeron. Conclusión: que «parezca un libro». Un asesor editorial de Planeta me comentó: «¿Has leído a Mauricio Wacquez? Léelo. Tienen cosas en común. Su primer libro de cuentos de jóvenes se llamó *Excesos. Sobredosis* se puede leer como una actualización». Yo dije: «¿Es un libro de jóvenes?». «Claro que sí», me respondió. «Tú lo eres, tus personajes lo son, los nuevos lectores hambrientos de la democracia lo son. Son todos unos drogados». Pero el libro no es de drogas, pensé.

«Drogas, sexo, rock and roll», insistió. «O emociones, vivencias, adrenalina. Confía: sobredosis de todo, de lo que quieras. Es un súper título».

Es el peor de los títulos.

No tenía agente, no me habían dado un adelanto, me sentía feliz de no tener que pagar la edición, así que acepté. Otra cosa: revisándolos tantos años después veo que, aunque algunos, es cierto, se centran en jóvenes, no son cuentos sobre jóvenes ni para ellos, o que, al menos, «son más que eso». Había llegado a la editorial Planeta por una novela (*Mala onda*) que aún no estaba lista y con un editor que quería editarla lo antes posible. Esto fue el año 88 u 89. Hubo un cambio administrativo en la editorial y al equipo entrante le pareció buena idea partir con un libro de cuentos, pues

no querían esperar a que terminara «quién sabe cuándo» mi novela. «Tráenos lo que tienes», me dijeron, y llevé creo que ocho cuentos. Les gustaron algunos, con otros sintieron que «poco tenían que ver con el resto».

El cuento «Deambulando por la orilla oscura» lo escribí, de una sentada, una noche de invierno luego de ver *La ley de la calle* en el cine Normandie de la Plaza Italia. Eso fue, por lo tanto, el año 85. Había escrito varios cuentos antes, algunos en el taller de José Donoso, pero este marcó un antes y un después. Al terminarlo sentí que por ahí iba la cosa o, al menos, que por ahí estaba mi estética. El cuento es una suerte de fantasía homoerótica donde Rusty James y la cara y el cuerpo de Matt Dillon dan vida al pandillero del barrio alto Macana. La prosa —el estilo— salió de S. E. Hinton, pero capaz que también de Soriano y Hemingway y de aquellos que estaba leyendo por ese entonces. Quería usar un español no tan «abigarrado», donde se mezclaban citas de letras de rock con marcas y una suerte de narcicismo tan propio del macho adolescente que se sabe guapo y deseado. Yo estaba algo obsesionado, desde mi paso por la Escuela de Periodismo, leyendo acerca de las «pandillas coreanas en el Apumanque», aunque nunca vi a ningún oriental —pandillero, turista o comprador— en ese aspiracional «primer mall» santiaguino que, ya por esa época, languidecía frente al Parque Arauco. Lo de las pandillas, tipo karatecas, fue quizás un leve incidente fusionado con leyenda urbana y algo de lo que hoy se denomina *fake news* o noticias falsas. Yo quise creer que era verdad y lo plasmé como si lo fuera. Puse que todo estaba basado en un hecho

real y me creyeron. «Deambulando...» mezcló mis fantasías cinematográficas y una estética *teen* (¿Van Sant antes de Van Sant?) para armar un cuento que, por un lado, captaba algo contemporáneo, creo, y, por otro, conectaba conmigo y me permitía vivir, aunque vicariamente, con un tipo de chicos (skaters, trashers) a los cuales sentía que no tenía ningún acceso. Donoso, unos años antes, me había expulsado de su taller por ser «muy americano y clase media» y por leer a Bukowski en lugar de Dostoievski.

«Deambulando por la orilla oscura» lo envié a un concurso del diario *La Época* un año después, el 86, creo. Obtuvo el segundo lugar, con Diamela Eltit, nada menos, entre el jurado. Gané dinero y un viaje a Buenos Aires, pero el verdadero premio fue que apareciera impreso, con mi nombre al lado, en negritas, y que fuera bastante leído cuando se publicó un domingo en la portada del suplemento del diario opositor. Me dio nervios, vértigo, pánico y fascinación. A los pocos días, fui convocado por el mismo José Donoso para regresar a su taller, ya no para escribir cuentos o hacer ejercicios, sino para trabajar en una novela. Le dije que sí.

«Amor sobre ruedas» fue escrito para el concurso de una revista que no recuerdo cómo se llamaba, pero creo que era una suerte de franquicia española. ¿*Muy Interesante*, tal vez? Poli Délano era uno de los jurados, eso lo recuerdo bien. Creo que vi la convocatoria en esas paletas del metro. Lo curioso es que era un concurso de cuentos de terror. En esa era predigital uno se enteraba de muchos cursos, ciclos y concursos literarios en las estaciones del

metro, y esa vez decidí ganar el concurso. No lo hice. Perdí. No obtuve ni una mención. Esto debe haber sido el 87 u 88. No me sentía un escritor de terror porque, entre otras cosas, no era un escritor, pero me atrajo la idea de «hacer algo distinto». Llevaba un buen tiempo atrapado con la voz de un tal Matías Vicuña y una novela, tipo *bildungsroman*, llamada *El coyote se comió al correcaminos*. Ya había leído una buena cantidad de libros de Stephen King y, en un principio, mi idea era mezclar, en el campo de la VI o VII Región, con scouts durante un jamboree, el cuento de King llamado «The Body», que luego se transformó en la película *Cuenta conmigo* o *Stand By Me*. Pero un par de cosas me sucedieron mientras se acercaba la fecha de cierre del concurso. La amiga de un amigo, que estudiaba Ingeniería Comercial cerca de la Escuela de Periodismo, me contó una tarde en el parque de la remodelación San Borja, detrás de la Facultad de Arquitectura, en el Campus Andrés Bello de la Universidad de Chile, sobre una experiencia limítrofe que tuvo con una amiga «por andar puteando». Putear no implicaba cobrar, sino buscar sexo. Esta chica crespita me contaba todo y sentía una suerte de culpa, muy entendible para la época, por «ser caliente». Salía con un chico que no se la follaba. Y una noche conoció junto su amiga, en Apoquindo, andando en auto, a unos tipos mayores que vivían juntos en Vitacura y que las invitaron a su departamento, donde comenzaron a agarrar entre ellos. La amiga los tildó de «maricones», lo que provocó la ira de uno y la cosa se empezó a poner violenta y amenazaron con ir más allá, pero una tocó el

timbre del conserje y empezó a gritar y los tipos entraron en pánico y ellas huyeron. Esto me excitó y gatilló la imaginación. Me pareció que no podía contarlos tal cual y que el cuento sería más bien realista a pesar de lo terrorífico de la situación. Me acordé entonces de *Christine*, la película de John Carpenter basada en la novela de Stephen King. En esa época ya no existía el Regine's, la disco parisina que se instaló en plena dictadura, pero siempre estaba el mito de que los CNI eran como metrosexuales o ambiguos y que se vestían bien, todo esto lo mezclé mientras tomaba mucho vodka y escuchaba temas de Madonna, Cyndi Lauper, las Go-Go's u otras chicas pop. *Amor sobre ruedas* fue el título con que llegó a Chile una mala película de Mark Hamill post *Star Wars* que se llamó originalmente *Corvette Summer* y que nadie vio. El cuento casi se llamó «Corazón de motor», que era una frase hecha de esa época, una suerte de código patriarcal en contra de las chicas que salían con tipos «con buenos autos». No he vuelto a explorar el género, al menos literariamente. No gané el concurso, pero apareció publicado, con una muy mala ilustración, en la revista *Apsi* unos años después.

«Los muertos vivos» lo escribí después de mi «temporada en el *underground* capitalino». Esto debe haber sido por el 86 u 87. La película *Los Goonies* es del 85, así que todo más o menos calza. Mientras salía de la universidad, el 86, iba mucho al Garage Matucana 19 y a fiestas en El Trolley, mezclando drogas, mucha ropa usada y delineador en los ojos. Estaba conociendo el centro y los antros. Me creía *new wave* y siempre andaba con guantes de colores

sin dedos. ¡Fui varias veces a ver la obra *Cinema-utoppia*, escuchaba Upa! e iba a sus recitales (Sebastián Piga me parecía un dios), y estaba algo obsesionado con una figura del *under* llamado Titín Moraga y La banda del pequeño vicio. Supongo que estaban de moda las cintas de zombis o yo estaba descubriendo en VHS la obra de George Romero. Me acuerdo de este cuento y del casete *Please* de los Pet Shop Boys y de algunos relatos de muchachitos de Vargas Llosa. El cuento bebe de la idea de pandilla como la de *Los Goonies*, mezclada con el despertar sexual y las pajas-en-grupo del colegio. Me interesaba el celo que podía provocar una mujer que rompiera el sagrado vínculo de estos chicos. Por esa época mis compañeros iban a los toples de la calle Bandera y una vez fui y quedé entre aterrado, asqueado, apenado y con terror por no excitarme. Todo esto se fusionó y salió «Los muertos vivos», impregnado del terror a la sexualidad femenina desatada. Nunca se lo mostré a nadie, pero estaba en mi archivador y, cuando surgió la posibilidad de considerarlo en serio, este relato ochentero acerca de la noche fue elegido como uno de los cinco para *Sobredosis*.

«Pelando a Rocío» sí está basado en un caso real. Es mi cuento de la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, escrito en el casino del ex cuartel de tortura de la Dina que era la sede de la escuela en la calle Belgrado, a la entrada de Vicuña Mackenna. Recoge las horas y horas de pelambre con mis compañeros. Nos juntábamos a estudiar algo como Redacción I o a tratar de entender los textos de Saussure y, antes de partir, alguien decía «a quién pela-

mos» o simplemente «¿pelemos?». Estaba dedicado a mi amiga Gloria Mulet, alias la Chica Mulet. Al año y tanto, cuando *Sobredosis* vendía y vendía y se agotaba y me colocó en el corazón de un huracán, pude tener cierta injerencia y, debido al éxito de *Mala onda*, recién aparecido (nunca tuve tanto éxito y nunca me sentí tan mal, tan aterrado, tan suicida, tan fatal), pude convencer a Planeta de que pasaran *Sobredosis* a la colección Biblioteca del Sur en vez de a la curiosa y fracasada colección Planeta XXI. Entonces borré todas las dedicatorias, incluida la de la Chica, que vuelve en esta edición de «Pelando a Rocío»: Pa'la Chica Mulet. A la Chica la conocí el 82 en un preuniversitario llamado Ceaci de la calle Lyon, en Providencia. Con la Chica pelábamos mucho, tanto en el pre como luego en la escuela. Quizás ambos nos sentíamos más «normales», no tan radicalizados como nuestros compañeros. «Pelando a Rocío» es deudor de mi fanatismo por Puig y también de todo lo que estaba pasando en la universidad, en el país. La meta era ver la contingencia desde afuera, desde alguien que no entiende del todo cómo otro —otra— puede cambiar. La inspiración fue el caso de una chica que, supuestamente, puso una bomba en unas torres de alta tensión y que remeció a la universidad, pero creo que la verdadera inspiradora fue una chica de clase alta, como se decía; era, al menos, una alumna, una compañera que, al entrar, estaba más ligada a mí y a los burgueses y que, poco a poco, se fue radicalizando. En la escuela ser burgués era sospechoso, venir de más arriba de Plaza Italia era francamente complicado. Lo he dicho varias veces: durante esos

ochenta me tocó soportar la dictadura de Pinochet siendo estudiante, pero la que más temía era la de las Juventudes Comunistas y la de los maoístas de la escuela. «Pelando a Rocío» es la manera que tuve de procesar eso y ahora todo el libro se lo dedico a ella, aunque sigo en deuda con «el Pollo y el Paz». Los otros son gente que ya no reconozco ni deseo cerca.

«No hay nadie allá afuera» se llamó, en un principio, «Huellas panameñas», porque es la historia de dos amigos que se topan en el aeropuerto de Panamá, que no conocía. Tampoco conocía Nueva York. El cuento lo escribí hacia fines del 85, mientras realizaba la práctica en la sección policial de *Las Últimas Noticias* (lo que daría tiempo después origen a *Tinta roja*), y terminó ganando un concurso de Dinacos, del gobierno, y tuve que ir a recibir mi premio (mucho dinero) al Edificio Diego Portales (hoy GAM) de manos del ministro Francisco Javier Cuadra (que tenía los anteojos más hípsters de la dictadura). Para ganar el premio tuve que suavizarlo de garabatos y de una escena de sexo, que era medio homoerótica, que transcurría en un muelle. Esa escenita terminó desapareciendo. Opté por aceptar, alentado por mi jefe de la sección policial. Luego reescribí el cuento, le cambié el título y lo envié, junto a «Pelando a Rocío», a un concurso que exigía un mínimo de cuarenta o cincuenta páginas. Gané. En el jurado estaba José Luis Rosasco. Supe que había ganado mientras estaba en una extraña gira por el sur de los Estados Unidos auspiciada y organizada por los rotarios. Eso fue el 87. «No hay nadie allá afuera» es, ahora me queda claro, un *bromance*. Me

gusta que el protagonista se llame Miguelo y dejó claro que no tiene nada que ver con el cantante que promovía mocasines Pluma. Si bien la Nueva York que aparece la conocí usando mapas y está anclada en todas las películas y libros que había leído, las emociones son reales. En un curso nos llevaron al Instituto Médico Legal a ver una autopsia y lo que viví ahí, mientras abrían a un chico joven como de mi edad, fue quizás lo que gatilló el cuento. Es una suerte de fantasía negativa, creo.

Me imaginé qué pasaría con algunas de las amistades intensas que tuve en la escuela. Me sentía los dos personajes: el que termina siendo convencional y aquel que se pierde. Yo era un atado de nervios y miedos y pánicos y Nueva York me aterraba tanto como me seducía y, por esos años, tenía una cosa clara: era mejor quedarme en Chile, «en un lugar seguro y reprimido», que en un sitio «desatado» como Manhattan. El cuento fue revisado o *remixado*, ya con mi primera ida a la ciudad procesada e incorporada al relato. Todo este viaje iniciático aparece en *VHS*. Al releerlo ahora noto lo importante que fue *Desesperadamente buscando a Susan*, de Susan Seidelman, con Madonna y Rosanna Arquette, para el ADN de este cuento.

A.F.
Santiago, 2023